

☞ PUBLICACION MENSUAL ☞

Consagrada á propagar la devocion á S. Antonio de Padua, y á anotar los progresos de las dos piadosas instituciones establecidas en esta ciudad, á saber; de la «PIA UNION de SAN ANTONIO y del «Pan de los Pobres de S. Antonio».

☞ REPÚBLICA DE BOLIVIA.—AMÉRICA DEL SUR —TARIJA, NOVIEMBRE 2 DE 1897.☞

La Satira impia y el respeto humano.

La virtud en todo tiempo ha sido perseguida. Los hijos del demonio han profesado siempre un odio implacable á los hijos de Dios, haciendoles una guerra feroz, aun que de un modo y táctica diversa, segun la variedad de los tiempos y circunstancias.

Desde que empezó á publicarse el Evangelio de Jesucristo, y la Religion cristiana á difundirse en el mundo, luego el Judaísmo y el Paganismo le declararon una guerra de exterminio, y los reyes y las naciones se mancomunarón para ahogarla en su misma cuna.

Con el objeto de atajar sus asombrosos progresos, se emplearon todos los medios que la humana ferocidad unida al poder supieron ingeniar. Por doquiera se levantaron cadalzos, cruces y hornos encendidos; se inventaron nuevos géneros de suplicios, y las muertes más espantosas, victimando por centenares y millares á los inocentes cristianos reos, de ninguno otro delito, que el de haber abrazado la celestial Doctrina del Evangelio y mantenerse fieles y perseverantes en ella.

A pesar de todo esto, la Religion Cristiana iba tomando inmensas y portentosas proporciones, pues, por uno que moria á manos de los verdugos, otros á centenares corrian intrépidos á desafiar la crueldad de las fieras y de los hombres mas crueles que aquellas, y por mas de tres siglos, resistiendo generosamente á todos los ahagos de la naturaleza y á los obstinados esfuerzos de los tiranos perseguidores, la nueva

Religion penetró en los Ejércitos, en el Senado, y hasta en la Corte de los mismos Césares, y difundióse milagrosamente en todo el mundo conocido.

Viendo el pérfido Emperador Julian, el apostata, que nada habian aprovechado todos los terrores para retraher á los cristianos de su fé y de su religion, echó manos astutamente de una nueva tactica, pensando en su odio implacable á Cristo, que con la *Sátira, la mofa, y el Sarcasmo*, llegaria con más acierto á apartar de la fé á aquellos héroes á quienes, ni el terror de la espada ni el fuego, habian podido doblar.

Esta misma táctica es la que adoptaron avidamente los incrédulos del siglo pasado, sucesores de los primeros perseguidores, en la impia conspiracion de arrancar de la tierra el nombre y la fé de Jesucristo y volver la sociedad al paganismo.

Reunidos al rededor del impio filósofo de Ferney, fundaron una nueva escuela, cuya misión era la destruccion del Cristianismo, y los medios que se propusieron para lograrlo, debian ser la sátira, la burla, el desprecio y el sarcasmo.

De estos pérfidos medios se valió constantemente hasta su muerte Voltaire fundador y Jefe de esta escuela impia. Sobre sus principios trabajaron los redactores de la Enciclopedia anti-cristiana y atea, y de esta se valen aún en nuestros dias todos aquellos que son enviados por las sectas anti-religiosas á difundir la impiedad y esa lastimosa indiferencia que se observa entre los mismos cató-

licos en puntos de creencias religiosas. ¿Es doloroso decirlo pero como ocultar lo que está á la vista de todos?

La sátira y la burla impia consigue su pleno triunfo sobre la mayor parte de los cristianos del dia que por no verse expuestos á las sátiras malignas de unos cuantos discolos y libertinos; por no verse apodado de beato, de fanático, de retrógrado deneo de servilón de Sacristan, de ultramontano, y de otras semejantes palabras necias y sin sentido, desertan cobardemente de su bandera de católicos prácticos, se retiran de la frecuencia de los Sacramentos, abandonan las prácticas de la religion, entran en intimidad con los mismos discolos, cuyas obras reprueban, adoptan sus ideas, su lenguaje y sus costumbres. Por miedo á la mofa, muchos jóvenes de un caracter dócil é inclinados á la piedad se han vuelto ejemplo de escándalos. Por temor de ser burladas, muchas mujeres muy ejemplares se han trocado en furias de infierno y en lazos funestos á las almas inocentes. Viéndose zaheridas por su traje modesto, por su retiro, por su practicas de devocion, por su retrahimiento de ciertas diversiones y concurrencias, esto bastó para que abandonasen al punto su vida ejemplar y se hiciesen mundanas.

Entre tanto, la Religion se lamenta y gime inconsolablemente al ver arrabatas tantas almas; gime desolada sobre la ruina de tantos fieles que pasan cobardemente á las filas de sus enemigos; llora la pérdida de tantos hombres de capacidad y

de talento, que se dejan vencer de la insolencia y procaacidad de los impíos que por todas partes la llenan de improperios y afrentas ¡Ah! repitámoslo con dolor y vergüenza: la sátira y la burla impía consigue su triunfo, y se puede afirmar que es la arma más peligrosa y que más almas roba á la Religión, que todos los demás medios juntos que ha empleado el Infierno para desterrarlo de la tierra.



2 de Noviembre

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS

LA CRUZ DEL CAMPO SANTO

Bendita seas, ¡oh cruz! que en medio del Campo santo te levantas humilde y silenciosa, muda centinela de los que fueron.

Con mucha mayor elocuencia hablas tú que esos cien y cien letrados que en sencillas tumbas ó en lujosos mausoleos vienen tál vez á halagar el orgullo del hombre áun en el sitio que debiera ser de su mayor humillación y vergüenza.

Todo esto es mentira. ¡Oh cruz! todo esto es mentira. Mienten las alabanzas áun despues de la tumba, miente el oro, miente el marmol, miente el cincel del escultor, miente la profana corona de flores, frívolo obsequio, más que del afecto, de la vanidad.

Tu sola ¡Oh cruz! no mientes ni adulas. Tu sola dices la verdad.

Quiero sentarme junto á tu rústico pedestal que entrecubre a yerba y tapiza el musgo; quiero á tu sombra recoger las elocuentes lecciones que severa y majestuosa, pero á la vez dulce y consoladora, comunicas á todo el que te quiere oír.

Tu tronco firme y enhiesto le veo clabado en tierra, y le rodea la palre-lumbre y horror de este osario, pero tus brazos se extienden en dirección á todo el mundo, y tu frente mira serena al cielo que

extiende sobre tí su inmenso pabello.

¡Oh cruz! Eres el emblema de todo el hombre, eres el jeroglífico inmortal que aslara y explica todo el misterio de mi sér. Mi pasado, mi presente, mi porvenir, están descritos en tí.

Estas clavada ¡oh Cruz! en el lodo de la tierra, y te rodean malezas, gusanos y corrupción. Así me ha criado la providencia de mi Dios. En la tierra ha colocado mis pies, y me ha rodeado, mientras vivo en ella, de espinas y dolores, de miseria y de debilidad. Soy, por lo que mira á mi parte inferior, barro que vive en barro; pero conosco que soy algo más, por que el barro que piso... este barro... no me acaba de contentar. Dios no me ha criado para cosa que tan poco vale. Este mundo, que es mi suelo, sólo lo ha criado Dios para que durante unos breves momentos lo huellen mis pies. Me insulta quien me dice que no soy sino un gusano más perfecto destinado á revolverme y ensuciarlo en más ancho lodazal. Por vasto que sea el mundo, ¿que es al fin un gran charco de lodo para quien ciego no acierte á divisar algo más allá?

¡Tú me lo dices también! oh Cruz! con esa tu frente erguida que mira constantemente al cielo; ¡En vano te azotan lluvias y te sacuden vientos y te envuelven nieblas y rugen en torno de tí deshechas tempestades. Impávida y sin vacilar sigues mirando á lo alto y no se dobla tu gloriosa frente, ni cambia tu dirección. Así soy yo pobre y deshecho mortal, pero con una alma hija del cielo, y que mi fé y mis obras, por la divina gracia, han de conducir allá. Clavados mis pies en tierra busco anhelante el cielo, siento hambre y sed de lo infinito, tengo ambición inmortal, tengo indigno de mí todo lo que no es Dios, por que me reconozco de la stirpe de Dios. ¡Aunmo corazón mio que pronto ha de llegar tu suspirado ideal! Muéstrame siempre, ¡oh Cruz bendita! señálame siempre como fare humano estos rumbos, dirijeme siempre á ellos como cierto timon.

Me aterra la enormidad de mis cu pis, y temo hallar cerrado con carrojos le bronce el cielo á causa de la muchalumbre de mis iniquidades. Ingen de Dios soy, que nacl para el Cielo; pero pecador me he hecho, y como tal me hice no de contencion. Contemplo enparo tus heas de par en par abiertos, y ellos me hablan también, ¡oh Cruz! palabras de aliento y de amor. Imajen son los de

mi divino Redentor, que en tí extendio los suyos para abrazar á todos los arrepentidos. Así tu tronco me advierte mi vileza, tu frente me recuerda mi dignidad, tus extendidos brazos me resuelven el enigma de estos dos extremos con esta sublime palabra: perdon. Gusanano soy de lodo, pero la misericordia de Dios me devolvera limpias mis alas para hacerme ángel del Paraiso. Por tí; ¡oh Cruz! y en tus brazos me logro Cristo la redencion. Por tí, y apoyado en ellos subiré mi alma del fondo de su actual miseria á la cumbre de su eterna felicidad.

Eso me dices, ¡oh Cruz! y eso me estas á todas horas predicando. Y eso solo es verdad. Y miente el mundo, y miente el oro y miente el placer y miente el orgullo humano.

¡Solo no mientes tú!

F. S. S.

CRÓNICA LOCAL

EL PAN DE S. ANTONIO -

En el capítulo VI del Evangelio de San Mateo se lee lo siguiente: *y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trombeta delante de tí, como los hipócritas hacen en las Sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando haces limosna no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre que vé en lo oculto, te premiará.*

La institucion de los Cepillos para el pan de los pobres, responde perfectamente á los fines sublimes que el divino Redentor indica en el citado testo.

Son muy á propósito, porque echando en la oscuridad de esas *Arca de ofrendas*, el obo lo de la caridad ó de la gratitud se consigue el que quedando oculto á los ojos de los hombres se recibe el premio del Padre celestial que vé en lo oculto.

No se entienda con esto, que no pueda hacerse de otros modos la limosna; pues sabido es, que el cristiano verdadero, que obra por amor de Dios y

no por amor de los hombres, halla siempre bien ejercitada su caridad en cualquier parte que sea, y de cualquier modo se le presente la ocasión de favorecer á su prójimo necesitado; solo se quiere señalar, en los dichos Cepillos de San Antonio, uno de los medios más cómodos y seguros de hacer limosna, sin peligro de que el viento de la vanidad ó de la Vanagloria nos arrebatase el mérito y el premio prometido, y no incurramos en aquella sentencia del Salvador arriba citada: *En verdad os digo, recibieron su galardón.*

La suma de limosna recojida en los Cepillos de esta localidad durante el mes de Octubre, es de Bs. 104. 65 ctv.

GRACIA NOTABLE

Nuestro corresponsal del Gran-chaco nos comunica el hecho siguiente: «En el Pueblito llamado Carandaiti, perteneciente á la Misión de Machareti, una niña de unos cinco años, por intercesión de S. Antonio salió libre de las fauces de la muerte, pues, según me cuenta su Padre «lo más estaba en la otra vida». En tal apuro no hizo más que decir de corazón á S. Antonio: si sanas á mi hijita te prometo darte 5 pesos para el pan de tus pobres, y al momento principió el alivio de la chica.»

AGRADECEMOS

El saludo y las felicitaciones que el ilustrado periódico Decano de la prensa local «La Estrella de Tarija», dirige á nuestro humilde «Boletín Antoniano», en ocasión de haber entrado este en el segundo año de su vida.

LA VERDAD CATÓLICA

También la católica Potosí, se ha visto precisada de formar un cuerpo de valientes soldados de la *Verdad Católica*, como se titula el nuevo periódico, que ha fundado para defenderla de los insolentes ataques de la prensa impía.

Lo saludamos cordialmente deseándole larga existencia, á la par que agradecemos el saludo que dirige á esta humilde hoja en su número 7 único que hemos recibido.

SAN ANTONIO Y LOS PROTESTANTES

Cierto Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Obispo nos contó el caso siguiente, acaecido no hace mucho en una parroquia de su diócesis. Seducidos los feligreses por algunos cabecillas, que suelen ser la perdición de los pueblos, se declararon protestantes ó hicieron que el Párroco católico fuese sustituido por un pastor de la Reforma. Por más que éste blasfemaba de todo lo más santo y se negaba á administrar Sacramentos y á celebrar las fiestas del Señor, de la Santísima Virgen y demás Santos, todo lo toleraban aquellos ciegos cristianos. Mas hé aquí que se

acercó la fiesta de S. Antonio de Padua; el mismo cabecilla que había hecho apstar á aquel católico pueblo, y todo el pueblo en masa, piden al pastor protestante que haga la Novena al Santo, á lo cual no quiere en manera alguna acceder, porque equivaldría á renunciar á su secta, la cual proscribió el culto de los Santos. Escandalizado é irritado el pueblo ante ésta negativa, viendo que ni S. Antonio era venerado por los protestantes, obligó al pastor reformado á tomar las de villadiego, lo cual hubo de hacer sin demora, por temor á otras cosas Mayores; y el pueblo se volvió á hacer católico y sigue en paz bajo la protección de San Antonio.

(De «El Eco Franciscano», de Santiago)

TRASCRIPCIONES

LA MORENITA DE REGLA EN ORIENTE (1)

Los ILACROS están sucediendo hoy por intercesión de la Virgen Santísima de Regla de Andalucía que nada dejan que desear á los de los pasados tiempos.

Sin un voto expreso y hecho con toda deliberación no me obligara á poner de manifiesto un favor extraordinario que yo recibí, y conmigo recibieron otras muchas personas, en tierras de Oriente, por intercesión de la titulada *Morenita de Regla*, jamás hubiera tomado la pluma, y arriesgado tal vez á fatigar al público con mi desaliñado escribir.

Era el 18 de Diciembre: once cañones turcos se disparaban noche y día sobre la villa de Z-itún en Siria; sesenta y dos mil musulmanes llenos de ira lanzaban las balas de otros tantos fusiles sobre la dicha población, y condenaban á exterminio no sólo á los diecinueve mil cristianos que allí estábamos refugiados, sino también á las mismas bestias y casas de aquella localidad. La sentencia estaba dada. Ferik-Baja, comandante de las huestes musulmanas había dicho que bebería la sangre de los niños que encontrase en la cuna, y que barrería para siempre el nombre de Zeitún.

Los tres mil zeitunenses que defendían la plaza, y defendían á todos los que como yo, después de ver quemar nuestras casas y nuestros pueblos, escapando de la muerte nos habíamos refugiado allí, apenas podían presentarse delante de las tropas turcas y habiendo perdido todos sus parapetos, estaban reducidos á la última defensa, á la defensa de las cuatro entradas, ó sean los cuatro puentes de la población. Eran guerreros, sí, pero su número no guardaba proporción con los batallones de Ferik-Baja.

Este, después de batirlos en Bektiz chaé y de quemarles la iglesia de Superquich, en donde los cristianos tenían su seguridad, se había apoderado asimismo del castillo inmediato á la villa, último refugio de los zeitunenses en aquella ocasión. La turbación de los ánimos cristianos era inmensa; todo se daba por perdido. Las mujeres se despedían de sus maridos; los maridos, á su vez, pedían perdón á las mujeres; los niños lloraban en torno y regazo de sus madres; éstas abrazando y besando á sus hijos, los alzaban en alto, presentándolos al Señor como inocentes víctimas á fin de que por su intercesión tuviese á bien librarnos de tan gran peligro; los guerreros, pálidos como la muerte, de-

jaban caer sus armas para derramar una lágrima de compunción ante el Ser Supremo, que indudablemente permitía su sacrificio.

Las campanas de las cuatro iglesias de Zeitún tocaban á muerto. Hombres, niños y mujeres corrían al lugar santo para reconciliarse con el Señor. Noche y día y á todas horas se daba la Comunión. Nueve Sacerdotes no pudimos aizardos del sagrado tribunal por espacio de treinta y tres horas. El arrepentimiento era general. Se hacían penitencias públicas en toda la villa de Zeitún; las mujeres cubiertas de sacos, se hacían arrastrar por las calles y lugares inmundos, imploraban del Cielo clemencia y perdón; algunas, tomando en sus manos piedras de bastante magnitud, dábanse golpes de pecho tan terribles, que se hacían brotar sangre en gran cantidad. Los hombres arrojaban á la calle todas las prendas que por haber sido mal adquiridas era á ellos ilícita su posesión; muchos hacían votos de no jurar ya jamás; otros, de no beber vino en lo restante de su vida; unos, de no pegar á su mujer, y otros de abandonar una compañía que les estaba prohibida por la ley. Cada cual pensaba en el remedio del propio y particular vicio, que era la causa de aquel patente y claro castigo del Señor.

Entre tanto Ferik-Baja, considerando suya la plaza daba descanso á sus tropas. Aquel mismo día un delegado de este oficial anunciaba á Zeitún su rendición.

Los zeitunenses cristianos nunca se habían visto en tal aprieto ni en tal humillación: el rendirse era morir, y el no hacerlo así lo era también. Sólo un auxilio de Dios podía librarnos á Zeitún del exterminio total. El número de 3 000 guerreros era insignificante ó impotente ante los 62 000 combatientes de Ferik-Baja. Estos tenían cañones, tenían fusiles *Martin* y estaban pertrechados de toda arma que pudiese ofender; aquéllos, careciendo de todo lo demás, estaban reducidos al simple fusil de chispa, que en tales trances apenas se encuentra tiempo para cargar. El conflicto era terrible, y ninguno de los guerreros cristianos se atrevía á darle una solución. Nadie quería responder al delegado y á la proposición de Ferik-Baja.

Sin embargo, las mujeres de Zeitún, que confiaban más en el poder de Dios que en el de los fusiles, reprochaban al delegado el haberse atrevido á hacer una propuesta tan humillante á los cristianos, que no la admitirían jamás de los jamases.

«Anda, decían al delegado, di al comandante de vuestras tropas que aquí le esperan nuestros maridos con fusil en mano para defenderse hasta morir. Cuando éstos perezcan, estamos también nosotras y nuestros hijos dispuestos á cortar la cabeza á otros tantos soldados como los que tiene ahí.

La batalla estaba nuevamente declarada. Los guerreros cristianos, bajando la cabeza se preparaban á la pelea. Pálidos, temblorosos y con ojos chispeantes, miraban á la montaña, esperando el momento terrible en que estallase el cañón y Ferik-Baja avanzase. Ningun movimiento hubo aquel día.

Amaneció el 26, día triste y angustioso. Movidas como por electricismo, retumbaron once baterías á la vez. Los alaridos de aquellos 62 000 hárburos por una parte, el rumor de las baterías por la otra, el sonido de las cornetas, juntamente con los silbidos de la fusilería por parte de la tropa, los gritos, gemidos y llantos por parte de los refugiados de Z-itún, daban tal color á aquel cuadro, que el describirlo sería imposible á mi pluma, por más que lo intentase hacer.

El combate comenzó á las cinco de la mañana, terminando á las ocho de la noche. Nueve veces tocó el corneta orden de avance sobre la villa, y nueve veces se vieron obligados los soldados á retroceder. Los certeros disparos de los cristianos habían impuesto el respeto á los batallones del Baja. Más de 220 turcos cayeron muertos en el combate del 26. Ferik-Baja jamás se hubiera supuesto tanto heroísmo ni tanto valor.

«Es el último esfuerzo, decía, es la última rabia y la última bilis que vo-

(1) Imagen milagrosa que bajo este título se venera en el Colegio Franciscano de Chiptona en España.

mitan los perros cristianos; es el último a la par que nada esotérico y rechamamiento del misticismo que va a morir. Mañana no será así.

Aquella noche los guerreros zeituníes conocieron bien a fondo el peligro en que se hallaban sus vidas, y la crítica situación de la hasta allí inexpugnabile plaza de Zeitún. Causados de una pelea de quince horas continuas, después de dejar los correspondientes centinelas, se retiraron a descansar. Era necesario tomar fuerzas para resistir siquiera un día más.

Las campanas seguían tocando a muerte; se hacían penitencias públicas y reconciliaciones como el día anterior. Los guerreros eran animados por sus mujeres a pelear.

—Si Dios está con nosotros, se decían mutuamente guerreros y refugiados, imposible es que Ferik-Baja penetre en Zeitún.

Un niño de nueve años, un huérfano acogido por los Padres Franciscanos de Jemge-kale, refugiándose también allí, contaba con toda sencillez el caso que durante la batalla de aquel día le había pasado con una fotografía de *Morenita de Regla* que cinco años antes le había dado uno de los Padres, diciéndole que la conservase hasta morir.

—Cuando oí, decía el buen niño, el estampido de los cañones y la gritaría de mis compañeros que lloraban, yo me retiré asustado a aquel rincón de la gruta, y pegando a la pared la fotografía de la *Virgen Morena*, me puse a rezar el Rosario a sus pies. Al llegar a la Letanía cesaron los disparos de cañón y de fusil, y cesaron también los llantos de las mujeres de Zeitún. Pasaron veinte minutos, y de nuevo comenzó aquel infernal rumor. Yo asimismo de nuevo comencé el Rosario a los pies de la *Virgen Morena*, y al pronunciar el *Santa Maria* de la Letanía, de nuevo cesó el rumor de las baterías y fusilería de Ferik-Baja. Pasados unos veinte minutos se repitieron nuevamente los cañonazos; pero al terminar yo el tercer Rosario, éstos terminaron otra vez. Esto observé muchas veces hasta muy tarde en que parándose aquel horrible ruido no se volvió a repetir.

La noticia se propagó como un relámpago en Zeitún. Mujeres y hombres acudían a contemplar una Virgen que no habían visto jamás, una *Virgen mora*, una virgen que siendo negra como los soldados de Ferik-Baja, obraba milagros a favor de los cristianos de Zeitún.

No digáis negra, ni mora, gritaba el niño, no digáis pecados; se llama *Morenita de Regla*, como dijo el Padre de Jemge-kale.

Amueció el día 27, el día más terrible que conocieron aquella época los cristianos de Zeitún. Ferik-Baja debía salvar su honor entrando en la plaza, aunque fuese a costa de la sangre de la mayor parte de sus soldados. Había recibido telegrama de Constantinopla, de que sería reemplazado si no llevaba a cabo su misión.

A los primeros disparos de fusilería la gente empezó a retirarse a la iglesia católica, donde se hallaban los Padres Franciscanos y la *Morenita de Regla*. La fe se reavivaba cada vez más. Entre aquel cerrado fuego que se hacía, aun de noche y antes de romper el alba, a las tres de la mañana, entre aquellos atronadores estampidos de cañón que después de retumbar en las montañas vecinas, venían a hacer sobre nuestras cabezas una segunda y más terrible explosión; entre aquella confusión horrible y espantosa de alaridos barbaros y amenazadores, no se oía ya gritar a los cristianos: *Allah, allahhh!*... (Dios poderoso) sino: *mas bien Actuaazacim... Actuaazacim!*... (Virgen Santa!).

Uno de los misioneros Franciscanos, lleno de fervor y entusiasmo, arranca de todos los labios la fotografía de la Virgen de Regla y alzándola en aire, dice a los concurrentes. —No temáis, esta morena nos debe salvar. Muchacho, dice al niño, empieza el Rosario, y oren todos con fer-

vor.

Estábamos en el segundo Misterio, y aquel ruido infernal de cañones, fusiles, alaridos y gritos por todas partes aumentada de grado en grado, y cada vez con mayor confusión. No faltó momento en que se oyó repetir la voz de *Entraron ya en la plaza*. El misionero detenía a la gente a día de que no se escapase, animaba a todos ellos a terminar el Rosario que con tanto fervor se empezara.

Estábamos en el tercer Misterio del Rosario, y aquella confusión atronadora seguía cada vez peor; rezábamos el cuarto y aumentaba aún más decíamos el quinto, y ninguna variación se empezaban las Letanías, y al pronunciar *Regna Maritum*, el fuego terminó. Preguntando a los guerreros zeituníes cuánto terreno habían avanzado las tropas, respondieron que ni siquiera un paso más de lo que habían adquirido el día anterior.

Pasan veinte cinco minutos de reposo, y de nuevo empieza la batalla y con ella la confusión.

—Al Rosario; gritaban los niños; al Rosario; repeta la población.

La lucha se hacía con más calor que nunca, pues Ferik-Baja estaba avengonzado del mal resultado que le ofrecía una pelea cuyo número de combatientes era tan desigual. Nosotros continuábamos el Rosario: al primer Misterio, nada nuevo; al segundo, tercero y cuarto, cada vez peor; al quinto, ninguna variación; al empezar las Letanías, la lucha terminó.

Preguntado a los zeituníes el efecto del combate,—están en el mismo puesto, respondieron, y aun no han podido dar un paso más hacia la plaza de Zeitún.

Pasaron una hora de reposo y nuevamente se oye orden de corneta, que en un momento puso en juego todas las líneas de Ferik-Baja. Los guerreros cristianos habían aprendido las órdenes de batalla, y defensa. La lucha comenzó más terrible que antes y con más rabia que nunca.

Nosotros tomamos el Rosario, asimismo con más fervor que al principio, y al empezar el quinto Misterio el combate había terminado ya. Ferik-Baja comenzaba a desanimarse en su empresa, y los cristianos veían patentemente la especial protección de la *Morenita de Regla* sobre Zeitún. Todos lloraban de gozo, y todos lladaban a aquella Madre esperábamos un próspero resultado final.

Los combates se repitieron hasta las once de la noche de aquel día; se repitieron tomo en muchas veces en los días restantes, pero nunca pasaban el tiempo que con Rosario en mano, le fijaba el niño ya dicho, acompañado de los Padres Franciscanos y del resto de la población armenio-católica de Zeitún. El milagro no tenía duda; era una cosa cuya prueba todos la podían hacer. Los ósculos que se prodigaban a la fotografía de la *Morena* son indescriptibles.

Llegó el año nuevo; terminó la jornada de 1.º del 96, y Ferik-Baja dió por imposible la entrada en la plaza de Zeitún.

Desde aquel día, sin disparar un cañón ni un fusil más, se redujo al simple asedio de la villa, esperando rendir por hambre lo que no había podido rendir con el *Martín*.

Grande después se hizo la capitulación, los oficiales y soldados de Ferik-Baja preguntaban a los cristianos de Zeitún: ¿quien era aquella joven que montada a caballo salía en todos los combates y giraba al rededor de aquella villa? Millones de fusiles se dispararon sobre aquella mujer, decían y nunca la pudimos matar, ni siquiera morir.

Era la *Morenita de Regla*, que por primera vez se quería dar a conocer en Oriente, en las tierras de *Abdul-Hamid*.

F. MANUEL TRIGO O. M.

[De «El Eco Franciscano», de Santiago]

UN EPISODIO DE LA GUERRA

FRANCO-PRUSIANA

Lo que vamos a contar es tierno como una visión celestial, dulce como un sueño infantil. Manifiesta el poder de la oración, revela el cuidado de la Virgen por sus devotos y justifica el dicho del Padre Lacordaire: «Dios protege al que ora.»

Jaime Orval era un soldado francés. Al comenzar la guerra entre Francia y Prusia, se hallaba de guarnición en Roma; de aquí regresó a su patria para formar parte del cuerpo de defensa de París.

Un día, atacando el fuerte de Yori los prusianos, nuestro Orval, mandado de vigia á espiar los movimientos y trabajos del ejército enemigo, le tocó observarlos por entre unos matorrales, pero muy de cerca. Al cabo de poco tiempo, descubrió tras de un árbol una mano que salía y se retiraba: esta iba excavando la tierra. No tardó en descubrirlo todo. Era un joven ciego, rubio, de hermosa cabellera, gallardo rostro lleno de bondad; por su figura y uniforme parecía ser bávaro.

El mismo Orval dice: «Al verle, sentí tener la obligación de matarle. ¡Era tan bello!»

Oigan nuestros lectores la relación que dió Orval hace de lo que pasó en su interior y del milagro que con el bávaro Dios obró:

«Me preparé, sin embargo, á hacerle, á matarle. Tomé el fusil, doblé mi rodilla derecha en tierra y apunté, esperando que el joven estuviese un momento á cuerpo descubierto. Quería tocarle en medio del pecho para evitarle sufrimientos. De repente el bávaro levanta la cabeza, extiende su mirada alrededor, sin fijarse en el punto que yo ocupaba. No habiendo descubierto cosa alguna, puso entre sus piernas una bolsa de cuero, la abrió y sacó un objeto que no pude distinguir. Dejé el fusil entonces, y tomé el anteojo.

«El pobre joven tenía en la mano un rosario; alzose para ponerse de rodillas, hizo la señal de la cruz, y con tales movimientos se me presentó del todo descubierto.

«El instinto de la guerra me hizo tomar de nuevo el fusil y mirarlo de hito en hito. Yo lo veía á la punta de mi fusil, inmóvil, con la cabeza algún tanto inclinada y los ojos fijos en el cielo. De sus labios salía la oración, y sus dedos hacían correr las cuentas del rosario.

(Continuando)

Imprenta de «El Trabajo»
Calle Comercio N.º 35.